

dad, y Bosio, de acuerdo con los otros anticuarios, no tiene dificultad en admitir que debajo del suelo existe una catacumba. Esta se compone de un gran número de cuartos ó *monumento arcuata*, restos probables de los baños de Timoteo. Se cree también que existía una galería subterránea hasta el cementerio de Santa Priscila, cerca de la puerta *Salaria*. En ella fué donde las ilustres hermanas depositaron cerca de tres mil mártires, inmolados en las primeras persecuciones. 1 El pozo á donde bajaban aquellos sagrados cuerpos, está todavía en la iglesia, así como el altar en donde, según tradición, ofreció San Pedro el augusto sacrificio en la casa del senador. Bajo el altar mayor descansa en gran parte el cuerpo de Santa Pudenciana. ¿Qué cosa más justa que honrar á la heroína en el teatro mismo de su triunfo?

Nos quedaba por visitar á otro miembro de la familia senatorial. Pasando á la izquierda de Santa María la Mayor, estuvimos á pocos minutos en la iglesia de Santa Praxedis. Este nuevo santuario, dependencia de la casa de Pudencio, está edificado en el lugar de los baños de Novato. Asilo de los primitivos cristianos y oratorio desde el siglo segundo, llegó á ser en 822, por empeño del papa Pascal I, lo que es hoy, una de las iglesias más venerables de Roma. El primer objeto que llamó nuestra atención fué el grande arco del coro (*tribuna*) que sostiene la bóveda del altar mayor y está entre la nave y el santuario. Se ve en él un soberbio mosaico que representa el cielo. El centro está ocupado por una ciudad, hácia la cual llegan con las manos llenas de presentes, numerosos viajeros. Bajo la figura de dos ángeles, están San Pedro y San Pablo, de pié en las puertas. En medio de la ciudad eterna está el rey de los siglos, teniendo en una

1 Baron. *Annot ad Martyrol.*, 19 de Enero.

mano el globo. Los dichosos habitantes de la santa Jerusalem rodean al rey, ceñidas sus frentes con diademas y teniendo palmas en sus manos. Fuera de la ciudad aparece un ángel que enseña el camino á los peregrinos del cielo.

De la cima del arco se desprende la cifra del papa Pascal, restaurador de la iglesia: más abajo está una mano que sale del cielo y que tiene asida una corona: este es el emblema de la Divinidad, y como descansa sobre la cabeza de Nuestro Señor, indica la plenitud de su poder real y sacerdotal. Nuestro Señor aparece de pié, extendiendo la mano derecha en los momentos solemnes en que decía: «Yo soy el buen Pastor y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen.» Esto se hace evidente por la presencia de las ovejas que están á sus piés y los santos que están á sus costados. A la derecha del Salvador está San Pablo, vestido con una túnica blanca, en cuya orilla se ve la letra P, cifra del apóstol. Después de él, está una joven virgen, Santa Praxedis: lleva un riquísimo vestido de oro, adornado con pedrería, y con una de sus manos, oculta bajo un velo, sostiene una corona redonda, figura de las oblationes que se ofrecían en el altar por los primeros cristianos. En tercer lugar viene el papa Pascal, lleva una aureola cuadriforme y trae en las manos un modelo de la iglesia de Santa Praxedis.

Como adorno se ve también una palmera de verde follaje, sobre la cual está parado el fénix, pájaro misterioso, símbolo de la resurrección. A la izquierda del Salvador aparece San Pedro, vestido de blanco, presentando á Nuestro Señor á otra virgen, Santa Pudenciana, vestida como su hermana. Después de ella está un personaje vestido con una dalmática blanca y teniendo en las manos un libro adornado con perlas. Este libro representa al Evangelio, y todo induce á creer que el perso-

naje es el santo sacerdote Hennon, cuyo cuerpo descansa en la iglesia. Apenas hemos podido indicar rápidamente los principales rasgos de ese primer mosaico, digno de toda la atención de los arqueólogos. 1

Dejando aquel curioso monumento, dirigimos la vista al altar mayor. Este es una magnífica obra, coronada por un dosel que está sostenido por cuatro grandes columnas de pórfido. Fueron dadas por San Carlos Borromeo, cardenal titulado de Santa Praxedis. Se sube al santuario, edificado sobre la cripta, por una magnífica escalera de dos tramos, cuyos escalones son de mármol rojo antiguo: son, según creo, hechos con las más hermosas piedras de ese mármol, que ha llegado á ser extremadamente raro. El cuadro del fondo es de Julio Romano, el discípulo querido de Rafael. Representa á Santa Pudenciana y á Santa Praxedis recogiendo con esponjas la sangre de los mártires, y haciéndola correr por los pozos; este cuadro pasa por ser una obra admirable. Al bajar por la derecha de la nave, está la capilla de la familia Borromea. Vimos el sillón de madera del cardenal, así como la mesa en que este príncipe de la Iglesia daba de comer á los pobres. En la parte baja de la iglesia está una larga losa de mármol, cubierta con enrejado de fierro, y en ella se ve esta sencilla, pero elocuente inscripción: *Sobre este mármol dormía la santa virgen Praxedis*. No me cuesta trabajo creerlo: la mortificación es la madre de la caridad y el aprendizaje del martirio. Hácia el medio de la nave, está abierto, rodeado de una reja, el pozo venerable en donde la santa cumplía el mismo deber que su hermana en la casa de su padre. Una bella estatua representa á la joven mártir, de rodillas al borde del pozo, oprimiendo entre sus manos una esponja llena de sangre.

1 Ciampini, t. II, p. 250.

Subiendo por la derecha está el célebre oratorio de San Hennon mártir. El mosaico con que está adornado era tan bello, tan armonioso, que se le llamaba *El Paraíso*. Lo que queda, aunque degradado por el tiempo, merece todavía todo el estudio del viajero 1. Dos razones me impiden hacer su descripción: la necesidad de ser corto y la atención secundaria que puse en aquella obra maestra. ¿Cómo ocuparse del arte en presencia de otro objeto que os absorbe por completo? Aquí, en esta capilla, se conserva la columna en que pusieron á Nuestro Señor durante la flagelación.

Estábamos á dos pasos de aquel monumento sagrado; estaba á nuestra vista, y repito, ¿cómo ocuparse de otra cosa? Se sabe que esta columna, religiosamente conservada por los primeros cristianos, fué traída de Oriente en 1213 por el cardenal Juan Colonna, legado de la Santa Sede. Es de mármol oriental blanco y negro, y puede tener tres piés de altura 2. Tres mil trescientos mártires de los más ilustres, nombrados en la tabla del papa Pascal I, forman aquí el cortejo del Dios crucificado. Ahora bien, ¿en qué mejor lugar podían colocarse, que en aquel, los huesos de nuestros padres, todas aquellas olas de sangre cristiana y aquella columna de vergüenza y de dolor, en que el Salvador expió la más vergonzosa de nuestras iniquidades? Santa Praxedis está á dos pasos del antiguo teatro de Flora, cuyas infamias hacen ruborizar todavía la frente del ménos púdico. Crimen, expiación, armonía providencial, esta aproximación lo explica todo.

1. Ciampini, t. II, pág. 250, etc.

2. Ved á Bened. XIV, *de Festis Dom.*, pág. 184. Cornel á Lapid, in *Math.*, c. XXVII, v. 26, pág. 524. Mazzol, t. VI, pág. 167.



## 15 DE DICIEMBRE.

Grande ayuno.—Pormenores sobre el mosaico.—Significación de esta palabra.—Diferentes especies de mosaico.—Historia del arte.—Elementos del trabajo.—Su composición.—Caracteres impresos sobre los vestidos.—Aureólas.

Era el miércoles de las Cuatro-Témporas, día de grande ayuno. El grande ayuno consiste en no tomar en la comida ni en la colación, ni huevos, ni manteca, ni leche, ni queso: todo se hace con aceite. Fiel al espíritu de la iglesia, Roma conserva la austeridad de las antiguas leyes; pero indulgente con la debilidad de sus hijos, solo cuenta un pequeño número de grandes ayunos. Este día de penitencia fué dedicado al estudio; investigar el origen del mosaico, los procedimientos que emplea, el sentido y la razón de las numerosas obras que ofrece á la admiración del viajero; tal fué el interesante trabajo que ocupó nuestro descanso.

Obra digna de las Musas, tal es la etimología generalmente admitida de la palabra mosaico 1. Más religiosos en muchas cosas que los pueblos modernos, los antiguos atribuían á los dioses ó á la inspiración de éstos, todo aquello que parecia sobreponerse al espíritu del hombre. Además, es tal la belleza y la dificultad de las obras en mosaico, que con ellas se honró á las divinidades protectoras de las artes. Conocidas desde la más remota antigüedad esas obras de paciencia, de lujo y de genio, parece que pasaron de la Persia á los griegos, quienes transmitieron el secreto y el gusto á los romanos. Sylla en primer lugar, adornó con él el templo de la Fortuna que edificó en Prenesto 2. Bien pronto

1. *Opus musivum.*  
2. Plin.

los monumentos públicos y aun las habitaciones particulares, brillaron con esta nueva magnificencia. Según la ley constante del espíritu humano, se empezó por obras de fácil fabricación. Los primeros mosaicos consistieron en la armoniosa reunión de pedazos de mármol de diversos colores, representando cuadrados, triángulos, rombos, círculos y otras figuras geométricas, cuyo conjunto simétrico formaba un cuadro lleno de gracia y variedad 1. Este género de mosaico fué empleado en el pavimento de los palacios, de las habitaciones y de los baños. Los cristianos lo introdujeron á las iglesias. De él veremos magníficos modelos en San Clemente, en San Silvestre y en los Cuatro-Santos-Coronados.

El arte hizo progresos y quiso representar figuras de seres animados, de animales y de hombres. Se cortaron entonces en láminas muy delgadas mármoles de diferentes colores; se juntaron éstos, se les dió armonía, y de tal modo, que se tuvieron en realidad retratos de criaturas vivientes 2. El interior de la catedral de Ancona el pórtico mismo de esta antigua iglesia, nos presenta más tarde imágenes de santos debidas á este nuevo género de mosaico.

Es fácil concebir que la dificultad de aserrar y cortar el mármol en hojas tan delgadas, debió ser mucho tiempo un obstáculo para acabar un trabajo. Sin embargo, se luchó contra la naturaleza misma, y se consiguió llegar á la perfección. Los antiguos hicieron con el mármol lo que los Gobelinos hacen con lana: cuadros dignos del pincel de Rafael salieron del taller del mosaista. Todo viajero sabe que los frescos del gran maestro han sido copiados en mosaico: en San Pedro la copia reemplaza

1. *Opus tessellatum.*  
2. *Opus sectile.*

za al original, y tal es la ilusión, que á no saberlo, se cree infaliblemente que el mosaico es la tela misma 1.

Hay, pues, tres especies de mosaicos: el gran mosaico con que formaban los antiguos el pavimento de sus monumentos, y que representaba figuras geométricas y arabescos; el mosaico mediano, que servía para decorar las paredes y con el que se podían representar, aunque en contornos imperfectos, criaturas orgánicas; el pequeño mosaico, capaz de competir con el pincel por la vivacidad de las imágenes, por la armonía de los colores y la perfección en la semejanza. Estos tres géneros de obra, pero sobre todo los dos primeros, fueron prodigados por los romanos con un lujo que descubre sus colosales riquezas y su increíble sibaritismo.

Restaurador de todas las cosas, el cristianismo se apresuró á conducir á las artes á su verdadero destino: el mosaico fué empleado con una predilección visible en la decoración de las iglesias. Pintura inmortal, era eminentemente propia para fijar hechos, recuerdos, dogmas que no perecen. Así le veis resplandecer en todos los grandes santuarios de la ciudad eterna. Con las ciencias y con las artes, pereció también el mosaico en el gran cataclismo que siguió á la invasión de los bárbaros. Mas un monje, un benedictino, un abad del Monte-Casino, trajo el secreto de Constantinopla al Occidente. «Este hombre, lleno de sabiduría, dice Leon de Ostia, tuvo mucho cuidado de hacer estudiar este arte á sus religiosos, temiendo que se perdiese de nuevo entre nosotros 2.»

Los datos precedentes bastaban para ha-

1. *Opus venicatum. Opus minutis adeo lapillis formatum ut vermium aspectum cominus representet, qui dotsum variegata macularum serie tot veluti punctis depictum habent. Ciampini, Monim veter., t. I, pág. 81.*

2. *In chronico monaster. Cassia. cap. 29.*

cernos admirar con más inteligencia los mosaicos que nos rodeaban; no obstante, nuestra curiosidad no estaba satisfecha. ¿De qué se compone el mosaico? ¿Que procedimiento se emplea para dar á esos cuadros el colorido y la perfección que hacen de ellos verdaderas obras maestras? Hé aquí lo que queríamos saber. La visita á los talleres de Roma, y sobre todo de San Pedro, nos dió la respuesta.

Dos cosas entran en el mosaico: las piedrecitas, es decir, los pequeños pedazos de mármol, de pórfido ó de vidrio, lapilli, la colle, *gluten*. El vidrio es el elemento ordinario del pequeño mosaico. La materia vidriosa se prepara, se la mezcla color, luego se la arroja dentro de un crisol, que durante ocho horas recibe en el horno un ardiente calor. Acabado el cocimiento, se toma esta materia en fusión con una cuchara de fierro y se extiende sobre una mesa de mármol ahondada algunas pulgadas, á la cual se le pone encima otro mármol pulido á fin de obtener una capa perfectamente igual. Después de esta operación, que se hace para vidrios de todos colores, se levanta la hoja vidriada que puede tener tres ó cuatro líneas de espesor. En su lugar se pone lo que los italianos llaman el *tagliuolo*, especie de escalpelo ó cuchillo largo muy filoso; se le coloca por el lomo, de suerte que el filo divide en pequeñas láminas oblongas la hoja de vidrio que se le presenta y sobre la cual se golpea suavemente con un pequeño martillo. Tal es la manera de hacer las laminillas para el gran mosaico. Cuando se trata del mosaico fino, no se usa ni del pequeño cuchillo, ni del mazo, sino de la sierra. Además, se ponen en forma de pequeños tubos los vidrios que se quieren emplear; se les pone en seguida al fuego para llenarlos y redondearlos; á menudo se tiene que recurrir á la rueda. En este caso, se cortan las piezas de mosaico del mismo



modo que se hace con el diamante y los metales; este último medio produce resultados más perfectos. ¿Se trata de hacer láminas doradas? entonces no se mezcla el oro á las materias, sino que, cuando ésta sale del horno en fusion, se la cubre con hojas de oro, luego se vuelve á poner al fuego, y la adherencia es tal, que el oro no puede ya separarse. Tal es la formación del primer elemento del mosaico.

Falta la preparacion de la cola, llamada por los italianos *lo stucco*, destinada para pegar entre sí todos aquellos pedazos de vidrio. Los antiguos, para hacerla, usaban de la cal viva con una mezcla de polvos de mármol, de agua comun y de cáscara de huevo; pero la experiencia ha enseñado que esta composición era defectuosa. Aplicada en una capa que tiene la forma á propósito para recibir el mosaico, seca tan pronto, que no permite al obrero colocar su vidrio con la precision conveniente. Los artistas cristianos han encontrado una composición mejor: toman una parte de cal viva, tres partes de polvo de mármol de Tivoli y una de otra especie; esta mezcla está humedecida con aceite de linaza, y todos los dias se la remueve en un mortero con una cucharilla. Esta operación se renueva durante ocho, quince y aun veinte dias, segun la temperatura del lugar y de la estación. Hé aquí los signos que sirven para reconocer la fusion perfecta de todos los elementos: la pasta se infla y se eleva en forma de pirámide; durante este trabajo, el agua que quedaba en la cal viva se evapora y la pasta se endureceria, si no se tuviera cuidado de rociarla con aceite. Mientras hay todavía algunas partes acuósas, no tarda en manifestarse una nueva fermentación. Se rocía de nuevo hasta que la pasta queda fija y maleable, de tal suerte que extendiéndola no se endurece, sino que toma la consistencia de un unguento viscoso.

Hé ahí los elementos del mosaico preparado. Se les pone en obra del modo siguiente: se extiende una capa de cal sobre la pared que se quiere pintar; se pule perfectamente esta capa, en la cual se hacen de trecho en trecho, pequeños agujeros, para que el mosaico se adhiera más fuertemente. Se extiende la cola por toda la superficie, y se colocan, segun el dibujo dado, las láminas de vidrio que deben formar el cuadro. Estas láminas, ó más bien clavos cuadrados, tienen dos ó tres pulgadas de longitud y algunas líneas de frente. Ocho pulgadas cuadradas de mosaico comun, cuestan cerca de tres francos; el mosaico fino es mucho más caro, y un cuadro de este género, bien ejecutado, no tiene precio.

Al examinar en las iglesias de Roma sus numerosas obras maestras en mosaico, se advierten, sobre los vestidos de los personajes, ciertos caracteres alfabéticos, cuya explicación ha ocupado mucho á los sabios. Inútil trabajo; el enigma permanece aún, á no ser que digamos con Ciampini «que estos caracteres son signos personales del artista 1.»

Ha sido más feliz la ciencia en sus investigaciones acerca de los adornos que rodean la cabeza de las figuras principales. Las tradiciones y los monumentos de la historia sagrada y de la historia profana le han enseñado que la *auréola* cuadriforme indica un personaje vivo; que la *auréola* circular, símbolo de la perfección, es el atributo de los personajes muertos y el signo distintivo de la santidad, así como la *auréola* acompañada de rayos y de estrellas, es el adorno exclusivo de la Divinidad. El conocimiento de éstos signos da la clave de ciertos cuadros misteriosos, con la cual se llega á descubrir el asunto de ellos y su época 2.

1 *Monim veter.*, t. 1, pág. 98-105.

2 Ved á Ciampini, *ibid* 106.

## 16 DÉ DICIEMBRE.

El Capitolio antiguo.—Templo de Júpiter.—Ciudadela.—Curia Calabra.—Roca Tarpeya.—Intermontium.—Tesoros.—Capitolio moderno.—Museo y galería.—Iglesia de Ara-Coeli.—Relacion de Augusto.—Prision Martina.

Impacientes por estudiar el corazón de la antigua Roma, suspendimos el curso de nuestras investigaciones en el cuartel de Monti, y conducidos por un guía inteligente, exploramos la region del Capitolio. En este nombre solemne, qué de recuerdos! No olvidaré en mi vida cierta especie de calosfrío que recorrió mi cuerpo, cuando por la primera vez ví aquellos lugares temibles, en donde durante tantos siglos, acabaron siempre por un desenlace sangriento, los duelos gigantescos de Roma y del mundo. Entrando por la calle de Ara-Coeli, tuvimos bien pronto en perspectiva la cresta elevada de la famosa montaña. Se sube á ésta sin trabajo por una rampa que conduce á la plataforma. Por todas partes se presentan los emblemas de la fuerza: al pié de las balaustradas de la rampa, dos leones egipcios de granito negro, los más bellos que se conocen, y sobre la escalera dos estatuas colosales de mármol pentélico, de Castor y de Pollux, colocados á un lado de sus caballos. Estas obras maestras de la escultura antigua, fueron halladas bajo Pio IV en el *Ghetto*, ó cuartel de los judíos. Dos columnas siguen despues de las estatuas: la de la derecha al subir, es la columna miliaria que señalaba la primera milla en la vía Apiana, en cuyo lugar fué encontrada en 1584; la columna colocada á la izquierda fué hecha para servir de compañera á la primera.

Segun nuestra costumbre, estudiamos

el Capitolio tal como era en otro tiempo y tal como es hoy. Por esto si hubiéramos venido á esos lugares hace dos mil años, hé aquí lo que se habria presentado á nuestros ojos: Delante de nosotros una montaña escarpada, rodeada de murallas ciclópeas y de torres inespugnables 1 cuyo cimiento se ve todavía del lado del Forum: obra gigantesca formada con gruesos trozos de cantería de travertino sobrepuestos sin mezcla ó argamasa, como la bóveda del gran desagüe de Tarquino. A la izquierda, el templo tan santo y tan temible de Júpiter Capitolino; á la derecha la ciudadela de Roma y la Roca Tarpeya; en el medio el *Intermontium* ó el *Ara*; luego, bosque de encinas, en seguida espacio libre, pero siempre el asilo más inviolable de los romanos. Por toda la extensión del plano una multitud de *ediculos* ó pequeños templos, consagrados á numerosos ídolos que adoraba Roma; en fin, puertas de bronce, más indestructibles que las murallas, y que cerraban el temible recinto. El Capitolio era, pues, por excelencia, el corazón de Roma antigua, el santuario del mundo pagano, la ciudadela del despotismo y la fortaleza del infierno.

Por su riqueza, por su formidable nombre, por el dios á quien estaba consagrado el templo de Júpiter Capitolino, era el lugar más venerado del mundo antiguo; su forma era la de un paralelogramo de doscientos piés de largo por noventa de ancho, rodeado en tres lados por una soberbia columnata de mármol. Su fachada, vuelta al Sureste, se componia de un peristilo, en el cual una triple hilera de columnas sostenia un frontis majestuoso, coronado de estatuas de bronce dorado y terminado por un carro de cuatro caballos igualmente de bronce. Las columnatas laterales formaban cada una un pórti-

1 *Capitolii arcem ne magnis quidem exercitibus expug. nabilem.* Tacit. *Hist.* lib. III.



co de doble hilera 1. Sobre la puerta reinaba una larga série de escudos dorados, entre los cuales se admiraba el escudo de oro de Asdrubal, soberbio trofeo arrebatado por Marcio, el vengador de los Escipiones en España. De las columnas y de los frisos del peristilo principal, pendían trofeos militares; éstos eran las armas de los generales enemigos, hachas mortíferas, escudos rotos á golpes, insignias de todas naciones, espadas enmohecidas por la sangre. Allí se veían proas de navíos cartagineses; más léjos cascos galos, la temible espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Epirotas, los conos erizados de los Ligurios, los gesos 2 de los habitantes de los Alpes y otras mil cosas también. Por su aspecto, aquel imponente edificio daba á conocer el templo orgulloso, desde donde el pueblo romano lanzaba el rayo, mientras que, por los despojos suspendidos en su arquitectura, parecía ser el bazar de la victoria. Este templo tenía sus gradas de mármol, sus puertas de bronce 3. El interior correspondía dignamente al exterior, y se dividía en tres naves que formaban como tres templos, que tenían lados comunes; porque aunque el Capitolio fué especialmente consagrado á Júpiter, se honraba allí también á Juno, reina, y á Minerva. Júpiter ocupaba la nave de en medio. Juno la de la izquierda y Minerva la de la derecha; el padre de los dioses se encontraba así entre su madre y su hija. Dentro del templo estaba un lugar sagrado en que se guardaban los libros sibylinos. El santuario de Júpiter tenía, como el templo exterior, un frontis coronado con un carro de cuatro caballos. Su bóveda era dorada y su pavimento de mosaico; el dios estaba sen-

1 Tit Liv., X. 23—Plin. XXXV. 12.

2 Especie de dardos.—N. del T.

3 Ved. Donati, Roma vetus de recenes. lib. II. c. 5.

tado con una corona de oro con rayos, adornando su cabeza, y tenía el rostro pintado con vermellon; un traje talar de púrpura formaba su vestido; en su mano izquierda tenía una lanza á guisa de cetro y en la derecha un rayo de oro 1.

En ese formidable templo, en aquella especie de la tierra, en esa primera morada de Júpiter, despues del cielo, 2 segun la expresion de los romanos, iban los generales á dirigir sus preces á la divinidad, ántes de partir á los combates, y sus acciones de gracias despues de sus victorias; en aquel templo se disputaban los pueblos extranjeros el honor de ofrecer suntuosos sacrificios, y á él se consagraron los despojos teñidos en sangre de otras naciones. Añadiremos que este vasto edificio estaba enteramente cubierto con tejas de bronce dorado, con excepcion de la cúpula que no tenía más bóveda que el cielo.

Como para servir de cortejo al señor de los dioses, se veían ordenadas al rededor del templo las estatuas de los principales habitantes del Olimpo y de los grandes personajes de Roma. Allí estaba el famoso Hércules de cobre, tomado en la ciudadela de Tarento y consagrado por Fábio Máximo; el Apolo traído de Oriente por Lúpulo y cuya altura era de cuarenta piés; dos Júpiter, el uno en bronce, de altura colosal, fabricado con los cascos y corazas de los Samnitas vencidos por Spurio Servilio; el otro, más grande que el primero, levantado por orden de los arúspices para calmar á los dioses irritados por las guerras civiles; la estatua ecuestre, en bronce dorado, de Scipion el Africano; victorias de oro cargadas de trofeos y un grupo igualmente de oro representando á Jugurtha, entregado á Sylva por Boco; las

1 Plin. XXIII. 7.

2 Tit Liv. XXXVI. 35—XLIV. 14.—XLV. 13, 14.

siete estatuas en bronce de los antiguos reyes de Roma y otras muchas 1.

En la extremidad opuesta del Capitolio se elevaba sobre una roca escarpada, la ciudadela de Roma, con el templo de Juno *Moneta*. Ocupaba el lugar de la casa de Manlio, y encerraba el taller de las monedas y los archivos en que se guardaban, en libros de tela, los viejos anales del pueblo romano 2. La roca Tarpeya servía de base á la ciudad. Esta es una roca tallada á pico, que ántes de haberse reunido en su base los montones de tierra por las corrientes de agua, podia contar ciento setenta piés de altura; bañada por el Tíber, formaba un precipicio espantoso, erizado por todas partes de agudas puntas que desgarraban los cuerpos y los arrojaban á lo léjos. Se la habia elegido para las ejecuciones, para no tener necesidad de precipitar dos veces á los criminales 3.

Hoy la roca Tarpeya nada tiene de amenazadora. Las casas arimadas á la montaña, cubren en parte sus aberturas; el Tíber no baña ya su base, y en el vértice encontramos un jardin que cultivaba bastante mal una compañía de magníficas gallinas, aunque no vimos un solo ganso.

No léjos del templo de Juno estaba la *Curia Calabra*, especie de palacio en donde el gran sacerdote convocaba al pueblo para indicarle que llegaba el tiempo de *Nonas*. Entre la ciudadela y el templo de Júpiter, se hallaba el *Intermontium*, bosquecillo de encinas, del cual hizo Rómulo un asilo inviolable, con el fin de atraer habitantes á su ciudad nueva; en el centro de este bosque se elevaba el pequeño templo de *Véjovis* ó de Júpiter niño 4.

1 Véase á Donati, lib. II. c. 5; y á Roma en el siglo de Augusto t. 1. pág. 243, etc.

2 Tit. Liv. IV, 7, 13 20.

3 Senec. *Controv.* I, 3.

4 Ovid. *Fast.* III, v. 430.

Detras del *Intermontium* estaba el *Fabularium*. Este era un vasto depósito de archivos, con pórticos y arcos de gran solidez. Se conservaban allí las tablas de bronce sobre las cuales el pueblo romano, que parecia tener el instinto de su inmortalidad, grababa majestuosamente sus tratados antiguos y nuevos, con las naciones extranjeras, así como también sus propias leyes. Estas actas, colocadas como lo estaban en aquel lugar, se hacían más respetables, consagradas como estaban con la garantía de los dioses 1. Vespasiano, una vez que llegó á ser emperador, puso el mayor cuidado en aquellos monumentos, y mandó restaurar más de tres mil, maltratados por el incendio del Capitolio 2.

Dos caminos bajaban del Capitolio al Forum; el uno se llamaba el *Clivus Capitolinus*, el otro el *Clivus sacer* ó *Ascensus ad asilum*, subida al asilo. Abajo del primero, que partía de la ciudadela, se hallaba el templo de Saturno; este era el Tesoro general del imperio; se dividía en muchos tesoros particulares, entre los cuales figuraban en primera línea, el tesoro del *botin* y el tesoro *galo*. En el primero, el más rico de todos, estaban acumulados los despojos de todo género conquistados al mundo entero, y que habian sido ornamento de tantos triunfos 3. El segundo nos infundía un noble orgullo. Tal era el terror que nuestros abuelos inspiraban á los romanos, que la valerosa república estaba siempre alerta; y para no ser sorprendida de nuevo, habia establecido un tesoro especial, al cual bajo pena de execraciones públicas, estaba prohibido tocar, á ménos que no fuese para una guerra contra nuestra nacion 4.

1 Josephe, *Antiq. judaic.*, XIV, 17.

2 Suet. *in Vesp.*

3 Cicer. *in Verr.* lib. 21.

4 Appiano, *de Bello civil.* II pág. 744.



A la izquierda del templo de Saturno, se elevaba el templo de *Júpiter Tonante*. Se dice que Augusto, al volver de España, vió á uno de sus esclavos que fué muerto á su lado por un rayo. En memoria de la proteccion de que habia sido objeto, consagró aquel templo al señor del rayo. Algunos pasos más léjos, por la derecha, comenzaba el *Clivus sacer*, segundo camino que comunica del Forum al Capitolio: Allí estaban las gradas de las *Gemonias*. Seguimos este camino tantas veces inundado de sangre, y continuando hasta el vértice de la colina, nos encontramos en el *Intermontium*; habiamos dado la vuelta al antiguo Capitolio. Vueltos á nuestro punto de partida, comenzamos un segundo viaje con objeto de estudiar el Capitolio tal como es hoy.

El cristianismo pasó por el mundo, y la majestad romana se inclinó ante él. El templo de Júpiter, las colosales estatuas de los dioses y de los héroes, aquellos millares de tablas de bronce, cartas de servidumbre de las naciones, la ciudadela de muros gigantescos, todo ello ya no existe. Léjos de helar de terror la vista del Capitolio, solo produce en el viajero ideas risueñas, nobles inspiraciones y saludables lecciones. En medio de la esplanada que sustituye al *Intermontium*, se presenta la bella estatua de Marco-Aurelio, único bronce antiguo que ha quedado de aquel género. Detras, en la plaza misma del *Tabularium*, se levanta el palacio senatorial, coronado por una torre con una gran cruz. Esta no es una figura retórica, me decia yo al ver aquel signo vencedor; es que realmente la cruz del Calvario brilla en la cima del Capitolio. ¿Cómo no creer, cuando se tiene á la vista el mayor de los milagros?

Rodeando la plataforma, teneis á la izquierda el Museo, en el cual se conservan una multitud de obras maestras y de mo-

numentos del mayor interes. Allí se encuentran las estatuas colosales de Minerva, de Cybeles y del Océano. En la sala de las inscripciones están arregladas al rededor de las paredes, ciento veintidos inscripciones imperiales ó consulares, que ofrecen una série cronológica desde Tiberio hasta Teodosio. En las paredes de la gran escalera, están incrustados los famosos fragmentos del plano en mármol de la antigua Roma, encontrados en las ruinas del templo de Remo, sobre la Vía-Sacra. Las salas están llenas de jarrones antiguos, de estatuas de bronce, de mármol, de pórfido, de exquisito trabajo y bien conservados. Mencionaré, sobre todo, la del gladiador moribundo, y los bustos de Marco Aurelio y de Adriano.

A la derecha está la Pinacoteca, museo y galería á la vez. Bajo el pórtico del patio vimos la estatua de Julio César, que se tiene por único retrato reconocido que existe en Roma; la de Augusto, que pisa una proa de navío, alusion á la batalla de Actium; en fin, numerosos despojos de estatuas colosales, cuya altura traté de calcular tomando por base el dedo pequeño del pié, perfectamente conservado, y de este modo me pareció ver levantar á gigantes de setenta piés de altura. Esta medida es conforme al testimonio de la historia. Subiendo la escalera, se encuentra á la izquierda un fragmento de la inscripcion honoraria de Cayo Duilio, que alcanzó la primera batalla naval sobre los Cartagineses el año de Roma 492. En medio de la gran sala, está la famosa loba de bronce que alimenta á Rómulo y á Remo. En la tercera antecámara observamos, con un vivo movimiento de curiosidad, muchos fragmentos de mármol incrustados en la pared, sobre los cuales están escritos los célebres fastos consulares, conocidos bajo el nombre de *Fasti Capitolini*, y que llegan hasta Augusto. De todos los

cuadros de la galería, el más notable es la *Sibyla* del Guerichino.

Despues de haber visitado todas aquellas maravillas del arte antiguo y moderno, atravesamos de nuevo la plataforma y subimos al lugar del templo de Júpiter Capitolino 1. Una iglesia cristiana, dedicada á María, se eleva sobre las ruinas del santuario consagrado al jefe de los demonios adorados en Roma; esta es la iglesia tan venerable y tan aislada de *Ara-Cœli*. Por su posicion, domina la Ciudad Eterna, y anuncia que el cetr del mundo ha cambiado de manos. Llevado en otro tiempo por el demonio, cruel, impuro y sanguinario enemigo del género humano, es hoy herencia de una Virgen dulce, pura y elemente, hija del hombre y madre de Dios, refugio de los pecadores y reina de los ángeles. Si los despojos de las naciones suspendidos en el templo de Júpiter, habian dado nombre á aquel edificio, llamándole el bazar de la victoria, por la misma razon la iglesia de *Ara-Cœli* merece este glorioso título.

Vencedores en todo Júpiter y César, aparecen aquí vencidos. El señor del Olimpo, está obligado á ceder el lugar á María, y César suministra los adornos de su templo. La iglesia, que es de tres naves, está sostenida por veintidos columnas, que son otros tantos despojos tomados de todas partes en los templos y en los palacios de la antigua Roma. La segunda nave, á la izquierda, viene de los departamentos íntimos de los emperadores: *Eccevicolo Avgg.* A vista de aquellas columnas de órdenes diferentes, unas acanaladas, otras redondas, unas sin pedestal, otras sin capiteles, se ve uno inclinado á acusar el buen gusto del arquitecto; pero pensando un poco, se des-

1 Segun Donati, aquel era el lugar del templo de Júpiter *Feretriensis*: como quiera que sea, hay un templo de María, edificado en la cima del Capitolio, sobre las ruinas de un templo de Júpiter.

cubre en aquel aparente desorden un efecto de arte y un pensamiento profundo: el cristianismo ha querido demostrar la universalidad de su triunfo. Con el mismo objeto se ha tenido cuidado en enriquecer con diversos trofeos aquella iglesia monumental: una inscripcion colocada arriba de la puerta de la entrada, recuerda que el templo de María ha sido dorado con el oro tomado á los turcos en la famosa batalla de Lepanto. Así, por sus despojos, los dos más temibles enemigos del mundo cristiano, el paganismo y el islamismo, hacen todavía de *Ara-Cœli* el bazar de la victoria.

Avanzando hácia el santuario, se ven brillar dos inscripciones en grandes letras de oro. Poco notables y ménos estudiadas por los viajeros, picaron vivamente nuestra curiosidad. La primera recuerda un milagro célebre en la historia de Roma cristiana; la segunda, una revelacion famosa que dicese haberse hecho á Augusto. En la bóveda de la iglesia, y en direccion del altar mayor, están grabadas estas palabras: *Regina Cœli, lætare, alleluia*. ¿Qué es lo que dicen? En el siglo VI una peste horrible desolaba á Roma. San Gregorio Magno, que gobernaba entónces la Iglesia, llamó al pueblo á la penitencia. Se mandó convocar á una procesion general para la mañana del dia de Pascua del año 596. El pontífice se trasladó á *Ara-Cœli*, tomó en sus manos la imágen de María, que se dice haber sido pintada por San Lucas, 1 y se puso la procesion en marcha *septiforme* para dirigirse á San Pedro. Al pasar delante del muelle de Adriano, se oyen de repente en los aires voces celestes que cantan: *Regina cœli, lætare, alleluia; quia quem meruiste portare alleluia; resurrexit sicut dixit alleluia*. El pontífice, admirado, responde con todo el pueblo: *Ora pro nobis, Deum, alleluia*. Al mismo tiempo se ve á

1 Ferraris, *Biblioth. art. Imágenes*.